

# HOMENAJE AL SR. GENERAL FRANCISCO JAVIER VERGARA Y VELASCO

Coronel GUILLERMO PLAZAS OLARTE



El General Francisco Javier Vergara y Velasco, recibe hoy el homenaje de las Fuerzas Militares de Colombia, retribución justa a quien sirvió a la patria con abnegación, con brillo y con decoro.

Medio siglo ha transcurrido desde el día en que se apagó la vida de este varón ilustre. El tiempo que calma las pasiones y disipa las brumas que envuelven a la grandeza humana, nos permite justipreciar hoy la obra magnífica del militar, del científico, del humanista.

Cupo a Popayán, tierra de intelectuales, de mártires y sabios, mecer la cuna de quien sería más tarde General de la República, ingeniero, geógrafo, físico, cartógrafo, pedagogo, periodista, parlamentario, escritor y notable historiador.

Qué gran figura señores y señoras, la de este General, heredero de apellidos ilustres, "que atestiguan la limpieza de aquella sangre y los repetidos frutos que ese árbol ubérrimo ha dado en nuestro suelo después de trasplantado del solar español a Tierras de América", nos dice, refiriéndose a los Vergaras, Oswaldo Díaz Díaz; qué varonil estampa la del sabio que hizo honor a su tierra y a su raza y cuya faz eternizada por el artista nos enseña desde su pedestal cómo se magnifica la existencia cuando se

consagra a la realización de un ideal.

Con sobrada razón los señores Ministro de Guerra y Comandante General, como parte central de la festividad del arma de Ingenieros, hacen entrega al Ejército de Colombia del monumento que glorifica a uno de los más esclarecidos militares.

"Cantemos a la virtud en nuestros himnos mejores, pues ese es el único honor que aproxima a los hombres a los inmortales!. Las bellas acciones perecen cuando se hace el silencio en torno de ellas", dijo Píndaro, el príncipe de los líricos griegos.

Fue Vergara y Velasco hijo del político bogotano don Eladio Vergara y sobrino del eminente escritor José María Vergara y Vergara; transcurrió su infancia entre los libros, en ambiente propicio para el desarrollo de su preclara inteligencia. Luego, cuando el clarín anunció en 1876, el comienzo de una guerra civil, apenas adolescente, tomó el fusil y se fue por los caminos trillados por las tropas a combatir por los ideales que le fueron caros. En el combate se retempló su espíritu y fortaleció su cuerpo. Y cuando la paz de Dios desplegó sus banderas sobre la tierra atormentada por la contienda, para complementar sus conocimientos militares se dedicó al estudio con pasión, con ardor, con fe profunda en los destinos de la pa-

tria, con una consagración que difícilmente encuentra paralelo en nuestra historia.

Todos sus actos tienen como denominador común el inmenso amor a la patria.

Azó a Colombia como la amaron nuestros libertadores, con la pasión creadora de Bolívar y de Santander, como la amaron aquellos paladines que vivieron y murieron por ella. Sintió la patria en las páginas de la historia y admirando su territorio inmenso, se adentró por la selva, recorrió las montañas y los ríos, trepó sobre las cumbres ariscas de los Andes, pisó las arenas candentes que ciñen nuestros mares y legó a la posteridad una Geografía de Colombia, no igualada ni superada aún, obra ella sola, suficiente para merecer la gratitud de los conterráneos.

Amar a la patria, en el sentido exacto de la frase, es entregarse de lleno a su servicio sin aspirar a otra recompensa que al aplauso de la propia conciencia; es darle todas las horas del día y de la noche, todos los días de la semana; es mantener el rumbo dirigido hacia ese Norte prometedor de algo mejor; es empezar con alegría la diaria faena retando al pesimismo de los inactivos y de los pusilánimes; es alumbrar desde la cátedra, llevar de mente en mente la llama de la ciencia; es acudir al campo de batalla a vencer o a morir; es aceptar los puestos de responsabilidad, con el deseo de servir, sabiendo que el camino estará obstruido por los abrojos de la incompreensión.

Para Vergara y Velasco, como para Bolívar, la vida era muy corta; un día perdido era algo irreparable. Una vida pasiva o inactiva, decía el Libertador, es la imagen de la muerte, es el abandono de la vida, es anticipar la nada antes de que llegue. Por eso vemos a Vergara y Velasco dirigiendo

el Boletín Militar, la Revista de Instrucción Pública, los Anales de Ingeniería (órgano de la sociedad Colombiana de Ingenieros de la cual fue uno de los insignes fundadores), colaborando en periódicos y revistas de toda índole, dirigiendo en compañía del doctor José Vicente Concha el periódico "El Día", escribiendo la Nueva Geografía de Colombia, tratados de Geografía escolar nacional y universal, las campañas de nuestra Historia Militar, reglamentos para el servicio de artillería de montaña, tratados de topografía, etc., etc. Por eso lo encontramos como profesor en la Escuela Militar, en la Escuela Superior de Guerra, en el Colegio Mayor de Nuestra señora del Rosario, en la Normal, en la Universidad Republicana, en la Escuela de Comercio; por eso lo vemos como Director de Instrucción Pública de Cundinamarca, Director de la Biblioteca Nacional u ocupando una curul en el Congreso en busca de leyes que beneficien a la institución armada.

La Universidad de Cartagena le ofreció la Rectoría, cargo que no pudo ocupar debido a sus múltiples actividades que cumplía en Bogotá.

La milicia le fue otorgando merecidos ascensos y la ciencia fue galardonando sus trabajos. Admirado por sabios europeos, honrado por las más sobresalientes academias científicas del universo, Francisco Javier Vergara y Velasco fue timbre de honor de nuestra patria, como lo fue el gran Caldas y el no menos insigne matemático Julio Garavito.

El General Vergara caracterizó al oficial probo, inteligente, disciplinado y recto. Estudió sin cesar la historia de los grandes capitanes y la historia le enseñó ejemplos que imitar, acciones que practicar y errores que evitar. Conocedor del valor avasallador de la prensa, fundó el periódico



Descubrimiento del Busto del General Francisco J. Vergara y Velasco  
por el Señor Ministro de Guerra

“Ejército” que utilizó para llevar a todas las guarniciones los conocimientos militares en boga, para recordar las disposiciones reglamentarias y los deberes y virtudes militares.

Creó con la fe que mueve las montañas en la Institución Armada y afirmó sin ambages que el Ejército es la garantía de la independencia y del bienestar de la nación y el apoyo del cumplimiento de la Ley.

“Fue el primer militar rigurosamente científico, nos dice el historiador Díaz Díaz; el primero que entendió la guerra no como la afortunada aventura de un caudillo sino como la meditada tarea de un técnico; el primero que a la intuición repentina y al coraje del momento quiso sustituir el estudio metódico, la apreciación de los medios que aseguran el fin”.

Al estallar la última de nuestras guerras civiles, fue designado Comandante de la Guarnición de Bogotá y a su capacidad de conductor de hombres, a su continuada actividad, a la organización que supo dar a los Servicios del Ejército, se debió el éxito final del Gobierno en la tremenda prueba de Palonegro.

Paladín entusiasta de la Reforma militar, dijo refiriéndose a ella:

“Ha desaparecido el Ejército carga, reemplazándolo el Ejército servidor del país; huyó para siempre el soldado siervo para ceder el puesto al soldado de la república. En suma Colombia entra en el camino que trillan las naciones civilizadas dejando para siempre los atajos y veredas a donde la habían llevado el desorden y la guerra civil”. “Los militares colombianos, agregaba, sienten que después de larga peregrinación, por fin han llegado a la tierra prometida; y al tributar sus homenajes a su digno jefe y caudillo, pueden afirmar que se ha cumplido el axioma señalado por Qui-

net: Nada grande puede hacer un Ejército si el alma del pueblo no respira en los pliegues de la bandera nacional”.

Implantada la reforma gracias al Presidente Reyes, al General Uribe Uribe y al Arzobispo Herrera Restrepo, Vergara y Velasco renunció al grado de General otorgado por el Gobierno y se sentó como alumno de la Escuela Superior de Guerra, instituto que posteriormente lo contó como su afamado director.

Pero, señores, nadie es grande impunemente; nadie escapa al levantarse de las mordidas de la envidia, escribía Bolívar en 1828. Por eso la diatriba se lanzó contra su vida honesta y el sarcasmo pretendió restar méritos a su obra. Corona de punzantes espinas que llevan los precursores, los profetas que se atreven a pregonar la buena nueva.

“Guardan los Dioses todo para sus favoritos:

Y a plenitud los colma de goces y pesares infinitos” (Goethe).

Pero no era Vergara y Velasco de los que se retiran de la lid; repelió los ataques con su palabra ardiente, con candentes escritos, en debates donde brilló su inteligencia.

Lo sorprendió la muerte en servicio activo, cuando desempeñaba el cargo de Director de Material de Guerra, en enero de 1914.

Señores: Morir por la patria es cosa grande, heroica, sublime! Más no lo es menos vivir para la patria ¿Qué decir entonces del General Vergara, cuya vida maravillosa de Ingeniero y de Militar, he tratado de sintetizar?

Señor Teniente Coronel Agustín Angarita, Comandante de la Escuela de Ingenieros, Señores Oficiales, Suboficiales, Soldados y Personal Civil del Instituto:

En nombre del señor General Mi-

## APOTEOSIS DE LA LENGUA CASTELLANA



En este fresco monumental, de 10 metros de ancho por 4 de alto, obra maestra de **LUIS ALBERTO ACUÑA**, que domina desde el estrado el salón de actos de la Academia Colombiana de Historia en Bogotá, están representadas las grandes figuras que han hecho inmortales la literatura hispánica.



nistro de Guerra cumplió la más honrosa comisión del servicio que se me haya asignado en mi carrera militar: haceros entrega del busto del General Francisco Javier Vergara y Velasco.

Aceptad este acto como muestra de especial deferencia de los mandos para con el arma de Ingenieros en el día de su fiesta, porque Vergara y Velasco es simbolo de vuestra gran actividad en la paz o en la guerra.

Sóis vosotros continuadores de la obra de Caldas, de Mejía, de Codazzi, de Vergara y Velasco, de tantos ingenieros militares que con sus luces han facilitado la victoria de nuestras armas o dado vigoroso impulso al progreso nacional. Cuando se escriba la historia de los días que vivimos, los Ingenieros, como Arma o como Servicio, ocuparán página destacada en el capítulo que relate la gigantesca tarea de recuperación nacional que hoy adelantan las Fuerzas Militares en las ciudades y en los campos.

La sonora voz de los radioperiódicos, las columnas de los diarios, expresan ya la gratitud del pueblo co-

lombiano para con los gallardos militares que portan con orgullo las torres de castilla y tienen como timbre de su escudo la antorcha de oro que significa fortaleza y victoria por medio de la sabiduría.

Ante la efigie del General Vergara que en forma admirable concibió el maestro Gerardo Benítez, se detendrán reverentes los soldados de la República. Sucesivas promociones de cuadros, vendrán aquí a bendecir al Comandante, al maestro, al humanista, porque como lo afirma el proverbio oriental "la tinta de los eruditos es tan preciosa como la sangre de los mártires".

Cuando la antorcha que hoy portamos haya sido entregada a los que vienen, cumplido el ineludible relevo que marcará el destino; cuando haya terminado nuestra efímera existencia, todavía la mirada de José María Vergara y Velasco contemplará desde estos patios el tricolor sagrado empuñado entonces por las manos de vuestros hijos y de los hijos de vuestros hijos, como simbolo excelso de independencia, de soberanía y de libertad.

---

*"En PALONEGRO fueron iguales el arrojo y el valor de ambos combatientes, iguales los sacrificios y las penalidades soportados por aquellos valientes.... Pero al paso que la revolución, veía acabarse momento a momento, municiones y vituallas, el servicio de etapas pacientemente establecido por VERGARA y VELASCO, los talleres y maestranzas que había puesto en pie, su estudio y previsión mantuvieron abastecido y renovado el Ejército del gobierno que terminó por obtener la victoria sobre su agotado adversario".*

Oswaldo Díaz.